

El valor social de la especulación comercial y financiera

Por

Jorge A. Sanguinety

Un buen amigo, que se distingue por sus preguntas inteligentes, me pidió hace poco que le explicara cuál era la contribución que la especulación le hacía a la sociedad, una cuestión que siempre ha despertado curiosidad y críticas pero que actualmente ha cobrado una mayor relevancia. Aparte de la explicación que en aquel momento le ofrecí sin tener tiempo para elaborar, le prometí que escribiría este artículo dada la enorme importancia del tema.

Comencemos por definir el concepto mismo de especulación, el cual lleva una carga peyorativa que por reflejo casi siempre nos hace pensar que las actividades así representadas siempre son indeseables y hasta reprobables. De acuerdo con el diccionario de Manuel Seco, Olimpia Andrés y Gabino Ramos, especular es “realizar operaciones comerciales o financieras aprovechando las fluctuaciones del mercado para obtener grandes beneficios”. La especulación surge de manera automática cuando los derechos de propiedad se combinan con la libertad de gestión en presencia de las fluctuaciones de cualquier mercado. De hecho, la especulación es el equivalente económico del fenómeno físico que observamos cuando las aguas de dos recipientes conectados por un tubo tienden siempre a tener un nivel común. Hay que tener en cuenta que el estado natural de los mercados, tanto de bienes y servicios, como financieros, es la fluctuación. Como las olas en el mar o los vientos en la atmósfera, las fluctuaciones de diversos mercados son más o menos variables, dependiendo de la naturaleza de lo que se intercambia en cada mercado, de manera que puede haber períodos de pocas fluctuaciones y épocas de fluctuaciones más amplias o hasta violentas.

La especulación la practicamos todos, como consumidores, como productores o como inversionistas. También se practica profesionalmente por aquéllos cuyos ingresos principales provienen de la especulación. Y además toda especulación o actividad especulativa enfrenta un riesgo, o sea, es una actividad sujeta a incertidumbre de manera que nadie sabe a ciencia cierta si después de una operación dada el resultado final será una ganancia o una pérdida. Me parece que el valor social de las especulaciones no profesionales es obvio pues, por ejemplo, al comprar una casa para vivirla esperamos que la misma por lo menos mantenga su valor, de lo contrario no la compraríamos, aunque siempre deseamos y esperamos que su valor se aprecie con el tiempo. Lo mismo podemos decir cuando invertimos nuestros ahorros en un banco o en algún instrumento financiero como bonos o acciones, esperando ganar, de lo contrario no lo invertiríamos. Nótese que en todo caso, lo que nos motiva a tales transacciones es el interés personal, que cuando es desmedido algunos comienzan a calificarlo como avaricia.

La especulación profesional también está motivada por el interés personal de los que la practican pero ¿qué utilidad social tiene? Antes de responder debemos notar que cuando

un grupo de personas juega al póker apostando su dinero (no el dinero de otros), el grupo se divierte haciendo uso de su libertad para reunirse y apostar, aunque el resto de la sociedad no gane nada. El valor social de las apuestas correspondientes está limitado a los participantes. La especulación profesional hace por lo menos dos contribuciones útiles a la sociedad. Una es que sirve para estabilizar los mercados por medio de los precios que equilibran la oferta y la demanda en cada caso. Oferta (producción) y demanda (uso o consumo) fluctúan por innumerables razones lo cual genera una gran incertidumbre. Los que especulan tratan de pronosticar los cambios y apuestan de una manera u otra. Cuando aciertan ganan y cuando no pierden, pero en el proceso generan una gran cantidad de información para toda la sociedad mientras los mercados buscan sus niveles respectivos.

La otra gran contribución es especialmente visible en los mercados financieros donde los que ahorran siempre buscan oportunidades de inversión que hagan crecer sus ahorros. Aunque los mercados financieros parecen casinos y en cierta medida operan como tales, la realidad es que una parte de la especulación acaba dedicándose a invertir (apostar) en nuevas empresas, productos o tecnologías con la esperanza de que la nueva iniciativa tenga éxito y produzca una ganancia significativa. Es como si en el juego de póker, uno de los ganadores usara su dinero para invertir en una nueva empresa o en un invento prometedor. O sea, el flujo y reflujo de fondos en los mercados financieros es parcialmente usado para redistribuir la riqueza creada, pero es también usada de manera inseparable para generar nueva riqueza.

No hay que confundir la especulación con las actividades ilegales o con las que distorsionan los mercados. Si un especulador hace algo ilegal, como conspirar para manipular los precios de los mercados, desinformar a los compradores y vendedores o simplemente roba o engaña a sus clientes, es un error creer que la especulación es la culpable, del mismo modo que es un error decir que la culpa está en la avaricia. ¿En qué punto el interés personal se convierte en avaricia? Por supuesto que no simpatizamos con el avaro, pero es una tontería pensar que podemos regular la avaricia o evitarla por la sencilla razón de que tendríamos que coartar las libertades que nos permiten perseguir legítimamente nuestro interés personal, con el cual estamos programados biológicamente desde que nacemos. Que su desmesura se convierta en la odiada avaricia es una cuestión ética y moral, sin duda, pero no es susceptible de ser regulada directamente y mucho menos otorgarle a un gobierno los poderes para hacerlo. Sería como instaurar una especie de inquisición socialista que nos obligue a ser honestos y altruistas.

Miami, 10 de abril de 2009